

Las primeras *relaciones de sucesos* sevillanas
sobre la Monja alférez,
doña Catalina de Erauso

Gabriel Andrés
andres@unica.it

Colección: Archivos Mediterráneo, Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 04/02/2014
Número de páginas: 20
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Descripción

Resumen:

La historia de la Monja alférez doña Catalina de Erauso en dos *relaciones de sucesos* sevillanas de 1618 y 1625. La presente edición de los dos primeros pliegos sevillanos de 1618 y 1625 permiten ahora reconstruir, desde certezas textuales más sólidas, parte del proceso de construcción (auto)biográfica de esta figura legendaria, sometida a lo largo del tiempo a diferentes grados de manipulación y reelaboración autorial.

Palabras Clave

América, viajes, soldados, peruleros, Chile, Potosí, Perú, relación de sucesos, mujeres, *transgender*

Personajes

Catalina de Erauso, Fray Agustín de Caravajal

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** Relación de Sucesos impresa
- **Procedencia:** Biblioteca Nacional, Madrid, sign.: Mss/17605, h.339-340v, y *Biblioteca Hispánica. Instituto de Cooperación Iberoamericana AECID*, sign.: 3Gr-7092.
- **Sección / Legajo:**
- **Tipo y estado:** impreso en español
- **Época y zona geográfica:** Mediterráneo, América
- **Localización y fecha:** Sevilla, 1618 y 1625
- **Autor de la Fuente:** Editores: Juan Serrano y Vargas, Simón Faxardo

Las primeras *relaciones de sucesos* sevillanas sobre la Monja alférez, doña Catalina de Erauso

Gabriel Andrés
(Universidad de Cagliari)

Dos pliegos de relaciones de sucesos impresos en Sevilla en el primer tercio del s. XVII nos permiten hoy día –tras haberse señalado reiteradamente la pérdida de tales piezas– reconstruir de primera mano los avatares históricos que le sucedieron a doña Catalina de Erauso (¿1592-1650?) en la primera parte de su azarosa vida entre España y América, así como seguir la pista del relato de sus hazañas tal como han llegado hasta nuestros días, en modalidades de enunciación narrativa en primera o tercera persona –según los casos–, a través de un periplo extenso de testimonios documentales y de textos literarios en prosa y verso.

Como atestigua la obra de Juan Pérez de Montalbán *La Monja Alférez, comedia famosa*, con este nombre Catalina de Erauso pasaría pronto a ser conocida dentro y fuera de las fronteras hispánicas con un perfil legendario cargado de resonancias literarias próximas a las vidas y autobiografías de soldados, al gusto de los lectores-oidores de relatos cortos, de romances de bravos y bandidos, de relaciones de viajes y sucesos extraordinarios..., abriendo así la vía, paralelamente, a un periplo de textos sobre «la historia de las distintas versiones de su vida»¹, que una presunta autobiografía manuscrita, publicada por Joaquín M. de Ferrer a principios del s. XIX², relanzó hasta alcanzar a finales de ese siglo los escenarios de la zarzuela y, ya en época más reciente, las pantallas cinematográficas. A ello se añade desde hace décadas una ingente producción de reconstrucciones novelescas³, en ocasiones obra de autoras cautivadas como todos nosotros por la enérgica resolución de aquella mujer nacida a finales del s. XVI: Blanca Ruiz de Dampierre (*La Monja Alférez*, Madrid, 1943), María del Carmen Ochoa (*La Monja Alférez*, Madrid, 1970), Armonía Rodríguez (*De monja a militar*, Barcelona, 1975)...

La presente edición de los dos primeros pliegos sevillanos de 1618 y 1625 permiten ahora reconstruir, desde certezas textuales más sólidas, parte del proceso de construcción (auto)biográfica de esta figura legendaria, sometida a lo largo del tiempo a diferentes grados de manipulación y reelaboración autorial. Un relato actual y siempre abierto a todo tipo de continuaciones y relecturas posibles, como se señala en los numerosos estudios dedicados a Catalina de Erauso desde el ámbito de los *gender, gay, queer studies...*; o como apuntaba ya, sin ir más lejos, el mismo Pérez de Montalbán en los versos finales de su *comedia famosa*:

¹ Belén CASTRO MORALES, «Catalina de Erauso, la monja amazona», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 26, 52 (2000), 227-242, cit. p. 228.

² *Historia de la monja alférez, doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma*, ed. Joaquín María de Ferrer, París, Julio Didot, 1829 (ed. facsímil: Echévarri-Vizcaya, Amigos del Libro Vasco, 1986).

³ Raul Morales Álvarez (*La Monja Alférez*, Santiago de Chile, 1938), Joaquín Rodríguez Durán (*Mujeres de todos los tiempos*, Buenos Aires, 1940), Luis de Castresana (*Catalina de Erauso, la Monja Alférez*, Madrid, 1968)...

Pues con aquesto, y pidiendo
perdón, tenga fin aquí
este caso verdadero.
Donde llega la comedia
han llegado los sucesos,
que hoy está el Alférez Monja
en Roma, y si casos nuevos
dieren materia a la pluma,
segunda parte os prometo ⁴.

Nos queda aún por localizar el pliego madrileño al que hace referencia el encabezamiento de la relación sevillana de 1625 ("Sacada de vn original, que dexô en Madrid en casa de Bernardino de Guzman donde fue impressa, año de 1625"), así como los pliegos mejicanos de las imprentas de la Viuda de Ribera Calderón y de Hipólito Ribera (1653), que desde el s. XIX aparecen mencionados e incluso transcritos más o menos libremente en diferentes obras y revistas de aquel país y que dan cuenta de las andanzas de Catalina de Erauso desde su vuelta de Italia a España primero y, sucesivamente, su viaje a tierras de México donde acabarían sus días.

Confiemos en que futuras pesquisas en área iberoamericana nos restituyan la lectura original de estas últimas piezas. Mientras tanto la pista de otras dos "Segundas Relaciones", de los impresores sevillanos Simón Fajardo y Juan de Cabrera, nos permitirán en breve tiempo seguir la invitación de Pérez de Montalbán prometiendo en este Archivo de la Frontera la presentación y edición de *casos nuevos a los que dan materia la pluma*.

1) *Capítulo de una de las cartas que diversas personas enviaron desde Cartagena de las Indias a algunos amigos suyos a las ciudades de Sevilla y Cádiz. En que dan cuenta cómo una monja en hábito de hombre anduvo gran parte de España y de Indias... Sevilla, Juan Serrano de Vargas. 1618* ⁵.

En la ciudad de Guamanga, en ocho días del mes de julio de mil y seiscientos y diez y siete años, don Fray Agustín de Caravajal, primer obispo della, tuvo noticia que en la dicha ciudad andaba una monja profesa en hábito de hombre. Mandó hacer diligencia y, hallándola, la trujeron ante su Señoría vestida calzón y ropilla de perpetuán fraileasco y un ferreruelo de cordellate pardo, sombrero blanco guarnecido de trencilla de oro la falda y el cairel, valona de puntas, jubón de raso blanco trencillado, colete de ante guarnecido, espada y daga dorada.

Hízole su Señoría algunas preguntas, entre las cuales fue preguntada de dónde es natural y cómo se llama y qué edad tiene. Dijo que se llamaba Catalina de Jesús y Erauso y

⁴ *Historia de la monja alférez...*, ed. facs. cit., pp. 310-311.

⁵ CAPITVLO | DE VNA DE LAS CARTAS QVE | diuerfas perfonas embiaron desde Cartagena de | las Indias a algunos amigos suyos a las ciu- | dades de Seuilla y Cadiz. | En que dan cuenta como vna monja en habito de hombre andu- | uo gran parte de España y de Indias, firuiendo a diuerfas perfonas. | Y afsi mismo como fue soldado en Chile y Tipoan, y los valero- | fos hechos y hazañas que hizo en cinco batallas q[ue] entrò a pelear | con los Indios Chiles y Cambos: y como fue descubierto y la re- | cogio don Fray Agustín de Carauajal Obispo de la | ciudad de Guamanga. [tres tacos xilogr. con soldado, asalto de naves a fortaleza y dama] | EN SEVILLA. | [filete ornam. tipogr.] | Por Iuan Serrano de Vargas en frente del Correo mayor, | Año de 1618. |

- Fol., 2 h. (*Biblioteca Hispánica. Instituto de Cooperación Iberoamericana AECID*, sign.: 3Gr-7092, ex-libris de la colección Hispano Ultramarina de Suárez).

que era de la villa de San Sebastián, de la provincia de Vizcaya en España, y que es monja profesa del Convento de S. Sebastián el Antiguo de la dicha villa, y tiene treinta y ocho años. Preguntada cómo siendo monja y de tierras tan remotas está ahora en esta ciudad en hábito de hombre, dijo que siendo de edad de cuatro años la metieron sus padres Juan de Erauso y María Pérez de Gualarrabia en el dicho convento, en compañía de sus hermanas Isabel y María de Erauso, monjas profesas, y que en teniendo diez y seis años profesó y estuvo después nueve, y al cabo dellos se salió del convento por una gran pesadumbre que tuvo con doña Catalina de Álava, monja.

Abriendo las puertas con las llaves a las ocho de la noche, se metió en un montecillo que está junto al convento, donde estuvo dos días, haciendo de su saya ropilla y calzón, sin comer otra cosa más que manzanas. De allí se fue a Vitoria, donde sirvió ocho meses al licenciado Alcazaleta, y en dándole un vestido pardo se fue a Madrid y estuvo en casa de Juan de Idiáquez diez meses, y luego se fue a Pamplona, donde sirvió cuatro meses a don Alonso de Arellano, caballero del hábito de Santiago, y que de allí volvió a la villa de San Sebastián, donde sirvió tres meses a doña Úrsola de Zarautaluz, su tía, que vivía en frente de las casas de su madre, sin que la conociesen.

Y que luego se embarcó en el pasaje para la ciudad de Sevilla en compañía del capitán Francisco Bereiso, y él le tuvo allí veinte días; y al cabo dellos se embarcó en Puertobelo, donde sirvió un mes al factor Juan de Ibarra, y que después se acomodó con Juan de Urquiza, que era de los Llanos de Trujillo, y estuvo con él dos años, por cuatrocientos pesos cada año; y que al cabo dellos tuvo unas cuchilladas en saña con el hijo del alguacil mayor y un criollo, y dio al mozo una cuchillada en la cara y se retrujo en el Convento de San Francisco. Y porque no le hiciesen algún agravio, la envió su amo a Lima y estuvo mes y medio en casa de Diego de Olarte mercader, sin que le mandase su amo cosa alguna; y porque se regodeaban con ella unas cuñadas del dicho Olarte, que eran muy mozas –y ella con ellas–, la despidió.

Y que a esta sazón se hacía gente para Chile, y se asentó por soldado y la dieron veinte y cinco pesos para en cuenta de paga; y se nombró Francisco de Loyola, y que hasta ahora no se mudó este nombre. Y que en Chile sirvió a Su Magestad en la compañía del capitán Antonio de Casanova, con arcabuz, espada y daga, y un colete de ante; y que peleó cuatro veces en la guerra con los indios junto a la Concepción, y la última vez salió herida en las espaldas de un flechazo. Y después la enviaron a Santiago de Chile, donde sirvió dos años y medio a su hermano el capitán Miguel de Erauso, secretario que fue del Gobernador don Alonso de la Ribera, sin que jamás la conociese, y que en todo estuvo cinco años en Chile. De donde vino a Potosí y estuvo en el Mesón de los Carangas año y medio sin servir a nadie, y de allí se fue a Chiquizaca, donde estuvo dos años con Juan López de Urquijo, regidor de aquella ciudad y carnerero, por quinientos pesos al año, y que le entregó ochocientos carneros y cuatrocientos brinos, y con ellos trajinaba harina al Potosí. Y por muerte de su amo se fue a Misque y estuvo cuatro meses con Pablo Martínez Azurdo, primo del padre fray Francisco de Otalora. De donde tornó a Chiquizaca y asentó plaza de soldado para Tipoán con el maese de campo Juan de Alba, y allí gastó lo que tenía. Y en una refriega que tuvieron con los indios Chambos mataron al maese de campo, y ella salió pasada con una flecha de parte a parte y con otra la hirieron en el brazo derecho, de que está manca.

Y que considerando los peligros en que se había visto y andaba, propuso de buscar convento de su Orden en que recogerse o volverse al de su tierra; y que con esta determinación se vino a pie con harto trabajo al Cuzco, y allí se confesó y descubrió al padre Luis Ferrer, religioso de la Compañía de Jesús, pidiéndole que la remediase y le buscase alguna limosna para recogerse. Y visto que en el Cuzco no hallaba ocasión de lo que pretendía y que el padre Ferrer le dijo que las monjas de Santa Caterina pedían dos mil pesos y ella no tenía orden de darlos, con miedo de que no la descubrieran vino en hábito barchilón hasta Guamango. Y preguntó por Juan Bautista de Arriaga, secretario de su Señoría, y hallándole le dijo que le había sucedido una desgracia y por no ser conocido quería dejar aquel hábito, y el dicho Juan Bautista la dio un vestido y la acomodó con el licenciado Francisco de Ore, canónigo y provisor deste obispado, a quien descubrió que era mujer y monja, y que le pidió la ayudase y

favoreciese para ir a Lima a meterse en un convento; y el dicho provisor la dio palabra de remediar su trabajo.

Y así mismo dice esta confesante que ayer habló al padre fray Juan de Silva, prior del convento de Predicadores desta ciudad, y debajo de confesión se le descubrió para que, juntamente con el dicho provisor, la ayudasen a conseguir su buen intento, el cual la prometió que lo haría. Y con esto se fue a Tambo, adonde llegó el alcalde Valpáez de Sotomayor a buscar a esta confesante, y que no sabe quién la descubrió al dicho alcalde. Y que allí le alcanzó Agustín de Caravajal, maestresala de su Señoría, y ambos juntos la trujeron a su presencia.

Preguntada si ha descubierto a alguna persona más de las que ella ha nombrado en esta declaración que es mujer y si ha ofendido a Dios en acto carnal en el tiempo que anduvo en hábito de hombre, dijo que no se ha descubierto a más personas de las que tiene dichas en esta su confesión y que está doncella como la hora en que nació, y que todo lo que ha dicho es la verdad. Y el dicho señor obispo proveyó auto en que mandó la viesen las comadres y declarasen, y las comadres la vieron y declararon que era mujer y estaba doncella, la cual declaración hicieron en nueve de julio de mil y seiscientos y diez y siete años ante Francisco de Navarrete, notario.

LAVS DEO.

2) *Relación verdadera de las grandes hazañas y valerosos hechos que una mujer hizo en veinte y cuatro años que sirvió en el reino de Chile y otras partes al Rey nuestro señor en hábito de soldado... Sevilla, Simón Fajardo, 1625*⁶.

Si con justa razón son dignas de eterna memoria y de perpetuo recuerdo las victorias y hazañas que los ilustres varones alcanzan en nombre de su Rey y señor, y si con justo título las corónicas eternizan sus memorias y engrandecen sus hechos, estos príncipes y ilustres varones, como tales, la naturaleza de sus personas y nobleza de su sangre, correspondiendo al ser de tales varones, consiguen las victorias, ganan los premios y vuela su fama. Pero que una mujer con apariencia de hombre, siendo por naturaleza todas tan flacas y de ánimo pusil, obrase tantos y tan varoniles hechos que para el más valiente soldado eran dignos de memoria, más es de admirar. Y así en este corto papel apuntaré lo que en el discurso del tiempo que sirvió al Rey nuestro señor le sucedió, no pretendiendo en esto minorar su honra, pues es digna de alabanza, antes se atajan los discursos que della se hicieron a los principios de su ausencia, con que quedan satisfechos sus padres y manifiesta su honra, pues lo está tan entera como se puede entender de semejante mujer, que, habiendo sido tan varonil, no había de torcer por camino frágil con femíneas obras.

Son sus padres vizcaínos de nación, vecinos y naturales de la villa de San Sebastián, nobles, y que gozan los bienes prósperos de fortuna, y entre otros hijos tuvieron esta hija, la cual, siendo de edad suficiente y con voluntad suya, la eligieron para monja, dedicándosela a Dios: la cual, después de haber profesado, dice, tuvo un disgusto con otra monja, que fue la causa por salirse. Y en aquel año era abadesa una tía suya llamada doña María de la Cruz, de cuya celda sacó las llaves del convento una noche, víspera de San José, estando a cosa de la una de la noche todas las monjas en el coro diciendo maitines; y abriendo las puertas se salió del convento, y no sabiendo dónde irse, se metió en un castañar cerca del convento, donde estuvo ocho días, en los cuales cortó de una basquiña de paño azul unos calzones y de un faldellín verde que traía debajo, una ropilla y unas polainas, y esto con unas tijeras, aguja y hilo que sacó sin otra ninguna cosa. Y en estos días no comió, si no fueron manzanas, y se cortó el cabello lo mejor que pudo.

Y deste modo se fue de allí a la ciudad de Vitoria, donde se acomodó con el doctor Francisco de Ceralta, catedrático de allí, casado con una prima hermana de su madre, donde le hicieron luego de vestir sin que su tía la conociese. Estuvo aquí cosa de un mes y, no pareciéndole bien la estancia, se concertó con un arriero la llevase a Valladolid, donde entonces estaba la Corte, al cual le pagó con doce reales. Y aquí se acomodó por paje de don Juan de Idiáquez, Secretario de su Magestad, adonde estuvo cosa de siete meses. En esta ocasión hacía su padre grandes diligencias buscándola, y con todo secreto vino a Valladolid y se fue derecho en casa del mismo don Juan, por ser amigo suyo; y a hora de noche encontró a su padre en casa de su mismo amo, por lo cual le fue fuerza salir de la ciudad, temiendo ser reconocida.

⁶ RELACION| VERDADERA| DE LAS GRANDES HAZA|ÑAS, Y VALEROSOS HECHOS QVE VNA MVGER | hizo en veynte y quatro años q[ue] firuio en el Reyno de Chile y otras | partes al Rey nueftró feñor, en abito de Soldado, y los honrofos ofi | cios que tuuo ganados por las armas, fin q[ue] la tuuieran por tal mu- | ger, hafta que le fue fuerça el descubrirle, dicho por fu mefma voca | viniendo nauegando la buelta de Elpaña en el galeon San Ioseph, de que es Capitan Andres de Onton, del cargo del feñor General | Tomàs de la Ralpuru, que lo es de los galeones de la plata, en 18. | de Setiembre de 1624 años. | *Sacada de vn original, que dexò en Madrid en cafa de Bernardino de Guzman | donde fue impreffa, año de 1625. y en Seuilla por Simon Faxardo.* |

- Fol., []² (Biblioteca Nacional, Madrid, sign.: Mss/17605, h.339-340v).

Desde allí se fue a Bilbao y estuvo un mes y la mitad dél presa en la cárcel, porque dio una pedrada a un mozo vizcaíno, de donde se fue al reino de Navarra, y ciudad de Estella, donde se acomodó por paje de don Carlos de Arellano, caballero de hábito de Santiago, y estuvo dos años en su servicio; y era el paje que más privaba con él, pues en este tiempo le cortaron catorce pares de vestidos. Desde donde se volvió a su misma tierra y estuvo en ella ocho días, y que oyó muchas veces misa delante de su madre y otras veces en el convento de donde había salido, y que por estar tan bien vestido en hábito de paje le solían llamar las monjas, mas ella no se quería llegar por no ser conocida.

Dice se salió de allí para el puerto del Pasaje, que está una legua, adonde halló al capitán Miguel de Berroiz con un galeón suyo y de partida para la ciudad de Sevilla, a quien pidió la llevase en la nao y le dio por su persona cuarenta reales, y en poco tiempo llegaron a Sanlúcar de Barrameda. Halló en la ciudad al capitán Miguel de Chazarrete, natural de su tierra, que lo era entonces de un patache de los galeones, de que era general don Luis Faxardo, con el cual se acomodó y salieron de Sanlúcar un lunes Santo año de 1603.

Llegaron a salvamento a la ciudad de Cartagena de las Indias, y de allí al Nombre de Dios, donde pidió licencia al capitán para quedarse, y se la dio; y acomodó con el capitán Juan de Ibarra, factor de las cajas reales de Panamá, con quien estuvo cinco meses, y, por hacerle poca comodidad, procuró otro amo, que fue un mercader llamado Juan de Urquiza, y estuvo en su casa siete meses; y luego pasó por su cajero a Trujillo el rico, ochenta leguas de allí hacia la ciudad de Lima, y despachó en tres meses toda la ropa de su cargo, y luego su amo le puso una tienda de sedas, en que le entregó ciento y cuarenta mil reales de a ocho, y dos negros y una negra que la sirvieran, y una memoria de los precios a como había de vender cada cosa.

Y estando aquí de asiento un día de fiesta, queriendo oír una comedia, tenía ya puesto su asiento, delante del cual puso el suyo un valiente llamado Reyes, con el cual sobre los asientos se trabó de palabra y, hablando mal el Reyes, se salió ella del corral y se fue a su tienda, de donde sacó una caja de dos cuchillos giferos y, dándoselos a un barbero que se los afilase y picase el uno dellos; y en aquel mismo día se ciñó la primera espada y en una plaza estuvo aguardando se acabase la comedia; y acabada, vido salir al que aguardaba acompañado con otro amigo suyo y, siguiéndolos a ambos, se llegó y con el cuchillo picado le dio una cuchillada, y metiendo mano con ambos, los llevó por una calle y le dio una estocada al amigo del Reyes, que cayó por muerto; y entonces se fue huyendo a la Iglesia, y de allí la sacó el Corregidor y la llevó a la cárcel, donde la tuvo de cabeza en un cepo y muy apretada. Avisáronle a su amo, el cual vino y negoció con el obispo la volvieran a la iglesia, como se hizo.

Su amo, por quitar pesadumbres, ordenó quitar de allí la tienda y se fuese a vivir donde estaba, donde se fue y estuvo tres meses, al cabo de los cuales, estando una noche pagando por orden de su amo veinte mil pesos y estando ajustando las cuentas ya de noche, salió un negro a la calle y volvió a entrar luego dentro diciendo que estaban a la puerta dos hombres con dos espadas desnudas y broqueles; y así por saber lo que era y como estaba con cuidado de lo pasado, salió fuera con el negro, y como la vieron los dos la embistieron, que eran el Reyes y su amigo, y anduvieron peleando gran rato; y salieron otra vez heridos los dos y ella en una mano. Y visto esto, determinó no estar en la tierra, pidiendo licencia a su amo para irse a Lima, el cual lo sintió mucho y le dio mil y quinientos pesos para el camino y cartas de favor.

Llegó a la ciudad de Lima y al segundo día se acomodó con Diego de Olarte, prior y cónsul mayor de los mercaderes de Lima, y le puso una tienda en la calle de los mercaderes. En este tiempo asentó plaza de soldado para Chile en una de tres compañías que se levantaban en la ciudad, de que era capitán don Alonso Sarabia, y dentro de veinte días llegaron al puerto de la Concepción, puerto de Chile, a donde asiste el Gobernador (que lo era entonces Alonso de Ribera) y, viendo que venía gente de socorro, salió el secretario del Gobernador, que se llamaba el capitán Miguel de Arauso, hermano de padre y madre de la susodicha, y recibiendo la lista de la infantería, fue pasando la muestra de todos los soldados, nombre y tierra de donde eran. Y cuando llegó a la contenida y preguntándole su nombre y tierra de donde eran,

dijo se llamaba Francisco de Loyola, natural de la villa de San Sebastián, y entonces la abrazó de contento porque era de su tierra, no porque la conocía por hermana, y le preguntó luego por sus padres. Y antes de todo esto lo había ella conocido y disimuló, y llevando plaza para el fuerte de Arauco, y viendo que era el peor fuerte, dijo le hablaría al Gobernador para que le borrara la plaza dél y se la asentase en su compañía, por ser de su tierra, y así lo mandó luego, en donde sirvió tres años y comía en su mesa.

Y un día le pidió el hermano que no entrase en casa de una mujer conocida suya, y ella no lo quiso hacer, que fue causa que un día sacasen las espadas; y pelearon gran rato, hasta que el capitán don Francisco de Aillón los metió en paz, y entonces se retrajo por algunos días, temiendo el rigor del Gobernador, al cual aplacó su hermano con ruegos con que fuese desterrada a un fuerte que llaman el Nacimiento, donde cada día estaban con las armas en las manos, por la gran multitud de indios que había. Adonde estuvo tres años, al cabo de los cuales vino al fuerte el Gobernador con todas las compañías y estuvieron alojados cinco mil y más infantes en la campaña rasa, a donde pasaron excesivos trabajos, y entonces tomaron la villa de Valdivia los indios y la echaron por el suelo. Salió el Gobernador con su gente y les dio alcance y pelearon por cuatro veces. Y en esta ocasión peleó la mujer valentísimamente y mató de su parte muchos indios, y trajo por los cabezones preso a un indio –cacique cabeza y capitán de los demás– delante del Gobernador, el cual, conocida su valentía, le dio la bandera de alférez, porque había muerto en aquella refriega el que lo era antes. Y aquí diero[n] dos heridas a ella, una en el molledo del brazo derecho y otra en la espaldilla izquierda.

Fue luego muy amiga de su hermano, mas por la misma moza de antes se enemistaron y en dos años no se hablaron; y cumplido el tiempo del cargo de alférez, se quedó en la misma compañía con título de alférez reformado. Tuvo una gran pendencia con unos soldados, por donde el Gobernador la desterró al fuerte de Arauco, donde estuvo tres meses; y por la mala vida que pasan, acordó de huirse con otros dos soldados por la cordillera de Tucumán; y salieron de noche con sus caballos y arcabuces, sin llevar qué comer, sino solo harina de cebada. Y como en el fuerte se echasen [de] menos, salieron en su busca un cabo de escuadra y tres soldados, y les dieron alcance en la quebrada que llaman de los diablos, donde se pusieron en arma unos y otros, y mataron al cabo de escuadra; y los tres que venían con él se fueron huyendo.

Y ellos se fueron su viaje, dejando los caballos, porque no se podía pasar adelante con ellos, y comenzaron a caminar con sus armas al hombro, y al cabo de tres días se quedó sola, por habérsele muerto –del gran frío y nieves que hace en aquella tierra– los dos camaradas, y así comenzó a caminar sola, sin saber por dónde iba, por la mucha nieve y no ser camino real, y al cabo de veinte y seis días se vio tan rendida de los fríos y hambre (y tener las plantas de los pies corriendo sangre, por no tener zapatos) y echada debajo de un árbol, volvió el rostro y vido dos indios a caballo, y temiendo era de guerra, cargó su arcabuz, y luego reconoció eran de paz, de que se holgo.

Y llegados los Indios le dieron pan y carne fiambre, y preguntándoles qué tanto estaba de allí el pueblo, dijeron que sesenta leguas, pero que tres leguas de allí estaba una estancia de su ama, que allá podía ir a dormir; y el uno le dio un caballo para que fuera. Dice llegó ya noche, adonde halló una mujer de muy gran caridad, y le dio una camisa y de cenar; y estuvo allí ocho días, y al cabo salió en un caballo para el pueblo –y tardó en llegar diez días–, el cual se llamaba la gobernación de Tucumán, donde encontró con el secretario del obispo, que le compró un vestido y la llevó a su casa y la reparó de lo demás.

Y estando en su casa don Antonio de Cervantes, provisor y canónigo de allí, trató de casar a una sobrina suya con ella, y dándoles ella buenas esperanzas del casamiento, le hicieron un vestido terciopelado negro, y la que había de ser novia le envió doce camisas y seis pares de calzones de ruan de cofre, y dos cuellos de holán y una docena de pañuelos, y en una fuente grande docientos pesos; esto sin lo que le prometieron de dar en dote, todo lo cual recibió de buena voluntad. Y comprando mulas, se salió del lugar a boca de noche, la vuelta del Potosí, en que tardó más de tres meses –por haber más de quinientas leguas de despoblado– en compañía de un soldado, y en unos baños que están en el camino les salieron tres hombres con monteras de rebozo y escopetas, y pidiéndoles lo que llevaban, se apearon

de las mulas y les hicieron cara; y apuntándose con las escopetas, mataron los dos, y ellos a su compañero, porque a uno de los ladrones no dio fuego el escopeta, por lo cual se quedó sola con el que había quedado y le huyó.

Llegó al Potosí y se acomodó con Juan López de Arguijo, veinte y cuatro de las Charcas, por carnicero suyo (que es como arriero) con salario cada año de mil y novecientos pesos de a ocho reales, y veinticuatro cada semana para comer; y le entregó doce mil carneros de la tierra y ochenta indios, y partió con ellos a las Charcas por cargas; a donde tuvo con su amo una pesadumbre y riñendo le dio dos estocadas y lo dejó por muerto.

De aquí se volvió huyendo al Potosí, donde dentro de pocos días fue el alzamiento de Alonso Ibáñez. Era corregidor entonces don Rafael Ortiz, del hábito de San Juan, y entre los que salieron a prender los alzados, que eran más de ciento, salió ella en compañía de la justicia, porque invocaba favor al Rey, y en la calle de Santo Domingo encontraron al dicho Ibáñez, caudillo dellos, a quien preguntó la justicia «quién viene», y por dos veces no respondió, retirándose atrás; y preguntando el teniente, «quién vive», dijo: «la libertad». Respondiendo todos «¡viva el Rey!», aquí acometimos con gran denuedo, porque se le pusieron a su lado más de cincuenta –que andaba en una cuadrilla– y los llevamos a cuchilladas y disparando armas de fuego unos y otros.

Y certifica esta mujer que tuvo debajo de sus pies al Ibáñez –que lo conoció muy bien– y con la mucha tropa y grito se le escapó sin poderlo asir, mas que en lo angosto de una calle se vieron los traidores tan apretados, por haberlos atajado, que se rindieron; donde fueron presos treinta y seis con el caudillo, que los demás habían huido y muerto siete en esta refriega (y de los nuestros dos y muchos de ambas partes heridos), a los cuales dieron tormento y confesaron que aquella noche se querían alzar con la ciudad. Armáronse luego tres compañías de gente de Vizcaya y montañeses para guarda de la ciudad, y al cabo de quince días los sacaron a todos [a] ahorcar, con que quedó quieta la ciudad, y ella premiada con oficio de ayudante de Sargento mayor, el cual sirvió dos años, en que mostro bien su valentía en muchas ocasiones.

Sucedieronle otras cosas admirables y que causan espanto, que se dirán en otro papel, y lo que le sucedió por donde le forzó descubrirse que era mujer, con que se libró de la horca, es digno de imprimirse y que se tenga memoria de los hechos de semejante mujer.

APÉNDICE

PARA EL ARCHIVO DE LA FRONTERA

Versiones actualizadas y versiculadas por E.Sola, con añadido de titulillos explicativos de los diferentes fragmentos para favorecer el disfrute de su lectura.

I

Capítulo de una de las cartas que diversas personas enviaron desde Cartagena de las Indias a algunos amigos suyos a las ciudades de Sevilla y Cádiz.

*En que dan cuenta cómo una monja en hábito de hombre anduvo gran parte de España y de Indias...
Sevilla, Juan Serrano de Vargas. 1618.*

En la ciudad de Guamanga, en ocho días del mes de julio de 1617 años, don Fray Agustín de Caravajal, primer obispo de ella, tuvo noticia que en la dicha ciudad andaba una monja profesa en hábito de hombre.

Presentación de la mujer vestida de hombre

Mandó hacer diligencia y, hallándola, la trajeron ante su Señoría vestida calzón y ropilla de perpetuán fraileesco, y un ferreruelo de cordellate pardo, sombrero blanco guarnecido de trencilla de oro la falda y el cairel, valona de puntas, jubón de raso blanco trencillado, colete de ante guarnecido, espada y daga dorada.

Hízole su Señoría algunas preguntas, entre las cuales fue preguntada de dónde es natural y cómo se llama y qué edad tiene.

Su familia y origen

Dijo que se llamaba Catalina de Jesús y Erauso, y que era de la villa de San Sebastián, de la provincia de Vizcaya en España; y que es monja profesa del Convento de San Sebastián el Antiguo, de la dicha villa, y tiene treinta y ocho años.

Preguntada cómo siendo monja y de tierras tan remotas está ahora en esta ciudad en hábito de hombre, dijo que siendo de edad de cuatro años la metieron sus padres, Juan de Erauso y María Pérez de Gualarrabia, en el dicho convento, en compañía de sus hermanas Isabel y María de Erauso, monjas profesas; y que en teniendo diez y seis años profesó y estuvo después nueve; y al cabo de ellos se salió del convento por una gran pesadumbre que tuvo con doña Catalina de Álava, monja.

Huida del convento de San Sebastián

Abriendo las puertas con las llaves a las ocho de la noche,
se metió en un montecillo que está junto al convento, donde estuvo dos días,
haciendo de su saya ropilla y calzón, sin comer otra cosa más que manzanas.

De allí se fue a Vitoria, donde sirvió ocho meses al licenciado Alcazaleta;
y en dándole un vestido pardo se fue a Madrid,
y estuvo en casa de Juan de Idiáquez diez meses, y luego se fue a Pamplona,
donde sirvió cuatro meses a don Alonso de Arellano, caballero del hábito de Santiago;
y que de allí volvió a la villa de San Sebastián, donde sirvió tres meses
a doña Úrsola de Zarautaluz, su tía, que vivía en frente de las casas de su madre,
sin que la conociesen.

Viaje a América y estancia en México

Y que luego se embarcó en el pasaje para la ciudad de Sevilla
en compañía del capitán Francisco Bereiso, y él le tuvo allí veinte días;
y al cabo de ellos se embarcó en Puertobelo, donde sirvió un mes al factor Juan de Ibarra.

Y que después se acomodó con Juan de Urquiza, que era de los Llanos de Trujillo,
y estuvo con él dos años, por cuatrocientos pesos cada año.

Y que al cabo de ellos, tuvo unas cuchilladas en saña
con el hijo del alguacil mayor y un criollo, y dio al mozo una cuchillada en la cara
y se retrujo en el Convento de San Francisco.

Estancia en Perú y cambio de nombre

Y porque no le hiciesen algún agravio, la envió su amo a Lima
y estuvo mes y medio en casa de Diego de Olarte, mercader,
sin que le mandase su amo cosa alguna.
Y porque se regodeaban con ella unas cuñadas del dicho Olarte,
que eran muy mozas –y ella con ellas–, la despidió.

Y que a esta sazón se hacía gente para Chile, y se asentó por soldado
y la dieron veinte y cinco pesos para en cuenta de paga.
Y se nombró Francisco de Loyola, y que hasta ahora no se mudó este nombre.

Su estancia en Chile

Y que en Chile sirvió a Su Majestad en la compañía del capitán Antonio de Casanova,
con arcabuz, espada y daga, y un colete de ante; y que peleó cuatro veces
en la guerra con los indios junto a la Concepción; y la última vez
salió herida en las espaldas de un flechazo.

Y después la enviaron a Santiago de Chile, donde sirvió dos años y medio
a su hermano el capitán Miguel de Erauso,
secretario que fue del Gobernador don Alonso de la Ribera,
sin que jamás la conociese.

Y que, en todo, estuvo cinco años en Chile.

En Potosí y otros lugares, donde se queda manca

De donde vino a Potosí, y estuvo en el Mesón de los Carangas año y medio sin servir a nadie. Y de allí se fue a Chiquizaca, donde estuvo dos años con Juan López de Urquijo, regidor de aquella ciudad y carnerero, por quinientos pesos al año; y que le entregó ochocientos carneros y cuatrocientos brinos, y con ellos trajinaba harina al Potosí.

Y por muerte de su amo se fue a Misque, y estuvo cuatro meses con Pablo Martínez Azurdo, primo del padre fray Francisco de Otalora.

De donde tornó a Chiquizaca y asentó plaza de soldado para Tipoán con el maese de campo Juan de Alba, y allí gastó lo que tenía.

Y en una refriega que tuvieron con los indios Chambos mataron al maese de campo, y ella salió pasada con una flecha de parte a parte y con otra la hirieron en el brazo derecho, de que está manca.

En Cuzco, decide volver a un convento

Y que considerando los peligros en que se había visto y andaba, propuso de buscar convento de su Orden en que recogerse o volverse al de su tierra. Y que con esta determinación se vino a pie con harto trabajo al Cuzco, y allí se confesó y descubrió al padre Luis Ferrer, religioso de la Compañía de Jesús, pidiéndole que la remediase y le buscase alguna limosna para recogerse.

Y visto que en el Cuzco no hallaba ocasión de lo que pretendía y que el padre Ferrer le dijo que las monjas de Santa Caterina pedían dos mil pesos y ella no tenía orden de darlos, con miedo de que no la descubrieran vino en hábito barchilón hasta Guamango.

Y preguntó por Juan Bautista de Arriaga, secretario de su Señoría; y hallándole le dijo que le había sucedido una desgracia y por no ser conocido quería dejar aquel hábito; y el dicho Juan Bautista la dio un vestido y la acomodó con el licenciado Francisco de Ore, canónigo y provisor de este obispado, a quien descubrió que era mujer y monja; y que le pidió la ayudase y favoreciese para ir a Lima a meterse en un convento. Y el dicho provisor la dio palabra de remediar su trabajo.

Y así mismo dice esta confesante que ayer habló al padre fray Juan de Silva, prior del convento de Predicadores de esta ciudad, y debajo de confesión se le descubrió para que, juntamente con el dicho provisor, la ayudasen a conseguir su buen intento; el cual la prometió que lo haría.

Y con esto se fue a Tambo, adonde llegó el alcalde Valpáez de Sotomayor a buscar a esta confesante; y que no sabe quién la descubrió al dicho alcalde.

Y que allí le alcanzó Agustín de Caravajal, maestresala de su Señoría, y ambos juntos la trajeron a su presencia.

Reconocimiento como doncella por las comadres

Preguntada si ha descubierto a alguna persona más

de las que ella ha nombrado en esta declaración que es mujer
y si ha ofendido a Dios en acto carnal en el tiempo que anduvo en hábito de hombre,
dijo que no se ha descubierto a más personas de las que tiene dichas en esta su confesión
y que está doncella como la hora en que nació,
y que todo lo que ha dicho es la verdad.

Y el dicho señor obispo proveyó auto en que mandó la viesen las comadres
y declarasen; y las comadres la vieron y declararon
que era mujer y estaba doncella.

La cual declaración hicieron en 9 de julio de 1517 años
ante Francisco de Navarrete, notario.

LAVS DEO.

II

*Relación verdadera de las grandes hazañas y valerosos hechos
que una mujer hizo en veinte y cuatro años que sirvió
en el reino de Chile y otras partes al Rey nuestro señor
en hábito de soldado...*
Sevilla, Simón Fajardo, 1625.

Introducción retórica

Si con justa razón son dignas de eterna memoria y de perpetuo recuerdo
las victorias y hazañas que los ilustres varones alcanzan en nombre de su Rey y señor,
y si con justo título las corónicas eternizan sus memorias y engrandecen sus hechos,
estos príncipes e ilustres varones, como tales,
la naturaleza de sus personas y nobleza de su sangre, correspondiendo
al ser de tales varones, consiguen las victorias, ganan los premios y vuela su fama.

Pero que una mujer con apariencia de hombre, siendo por naturaleza todas tan flacas
y de ánimo pusil, obrase tantos y tan varoniles hechos que para el más valiente soldado
eran dignos de memoria, más es de admirar.

Y, así, en este corto papel apuntaré lo que en el discurso del tiempo que sirvió
al Rey nuestro señor le sucedió, no pretendiendo en esto minorar su honra,
pues es digna de alabanza, antes se atajan los discursos que de ella se hicieron
a los principios de su ausencia, con que quedan satisfechos sus padres
y manifiesta su honra, pues lo está tan entera como se puede entender
de semejante mujer; que, habiendo sido tan varonil,
no había de torcer por camino frágil con femíneas obras.

*Su familia y origen y su fuga
del convento*

Son sus padres vizcaínos de nación, vecinos y naturales de la villa de San Sebastián,

nobles, y que gozan los bienes prósperos de fortuna; y entre otros hijos tuvieron esta hija, la cual, siendo de edad suficiente y con voluntad suya, la eligieron para monja, dedicándosela a Dios: la cual, después de haber profesado, dice, tuvo un disgusto con otra monja, que fue la causa por salirse.

Y en aquel año era abadesa una tía suya llamada doña María de la Cruz, de cuya celda sacó las llaves del convento una noche, víspera de San José, estando a cosa de la una de la noche todas las monjas en el coro diciendo maitines; y abriendo las puertas se salió del convento, y no sabiendo dónde irse, se metió en un castañar cerca del convento, donde estuvo ocho días. En los cuales cortó de una basquiña de paño azul unos calzones y de un faldellín verde que traía debajo, una ropilla y unas polainas, y esto con unas tijeras, aguja e hilo que sacó sin otra ninguna cosa. Y en estos días no comió, si no fueron manzanas, y se cortó el cabello lo mejor que pudo.

Viajes por Castilla y el País Vasco

Y de este modo se fue de allí a la ciudad de Vitoria, donde se acomodó con el doctor Francisco de Ceralta, catedrático de allí, casado con una prima hermana de su madre, donde le hicieron luego de vestir sin que su tía la conociese.

Estuvo aquí cosa de un mes y, no pareciéndole bien la estancia, se concertó con un arriero la llevase a Valladolid, donde entonces estaba la Corte, al cual le pagó con doce reales.

Y aquí se acomodó por paje de don Juan de Idiáquez, Secretario de su Majestad, adonde estuvo cosa de siete meses.

En esta ocasión hacía su padre grandes diligencias buscándola, y con todo secreto vino a Valladolid y se fue derecho en casa del mismo don Juan, por ser amigo suyo; y a hora de noche encontró a su padre en casa de su mismo amo, por lo cual le fue fuerza salir de la ciudad, temiendo ser reconocida.

Desde allí se fue a Bilbao y estuvo un mes y la mitad de él presa en la cárcel, porque dio una pedrada a un mozo vizcaíno; de donde se fue al reino de Navarra, y ciudad de Estella, donde se acomodó por paje de don Carlos de Arellano, caballero de hábito de Santiago, y estuvo dos años en su servicio. Y era el paje que más privaba con él, pues en este tiempo le cortaron catorce pares de vestidos.

Desde donde se volvió a su misma tierra y estuvo en ella ocho días; y que oyó muchas veces misa delante de su madre y otras veces en el convento de donde había salido, y que por estar tan bien vestido en hábito de paje le solían llamar las monjas, mas ella no se quería llegar por no ser conocida.

De Pasajes a Sevilla

Dice se salió de allí para el puerto del Pasaje, que está una legua, adonde halló al capitán Miguel de Berroiz con un galeón suyo y de partida para la ciudad de Sevilla,

a quien pidió la llevase en la nao y le dio por su persona cuarenta reales;
y en poco tiempo llegaron a Sanlúcar de Barrameda.

Halló en la ciudad al capitán Miguel de Chazarrete, natural de su tierra,
que lo era entonces de un patache de los galeones, de que era general don Luis Faxardo,
con el cual se acomodó y salieron de Sanlúcar un lunes Santo año de 1603.

Por América

Llegaron a salvamento a la ciudad de Cartagena de las Indias,
y de allí al Nombre de Dios, donde pidió licencia al capitán para quedarse,
y se la dio.

Y acomodó con el capitán Juan de Ibarra, factor de las cajas reales de Panamá,
con quien estuvo cinco meses; y, por hacerle poca comodidad, procuró otro amo,
que fue un mercader llamado Juan de Urquiza, y estuvo en su casa siete meses.

Y luego pasó por su cajero a Trujillo el rico, ochenta leguas de allí
hacia la ciudad de Lima, y despachó en tres meses toda la ropa de su cargo,
y luego su amo le puso una tienda de sedas, en que le entregó
ciento y cuarenta mil reales de a ocho, y dos negros y una negra que la sirvieran,
y una memoria de los precios a como había de vender cada cosa.

Y estando aquí de asiento un día de fiesta, queriendo oír una comedia,
tenía ya puesto su asiento, delante del cual puso el suyo un valiente llamado Reyes,
con el cual sobre los asientos se trabó de palabra; y, hablando mal el Reyes,
se salió ella del corral y se fue a su tienda,
de donde sacó una caja de dos cuchillos jiferos; y, dándoselos a un barbero
que se los afilase y picase el uno de ellos.

Ciñe su primera espada

Y en aquel mismo día se ciñó la primera espada,
y en una plaza estuvo aguardando se acabase la comedia;
y acabada, vido salir al que aguardaba acompañado con otro amigo suyo;
y, siguiéndolos a ambos, se llegó y con el cuchillo picado le dio una cuchillada,
y metiendo mano con ambos, los llevó por una calle y le dio una estocada
al amigo del Reyes, que cayó por muerto.

Y entonces se fue huyendo a la Iglesia, y de allí la sacó el Corregidor
y la llevó a la cárcel, donde la tuvo de cabeza en un cepo y muy apretada.

Avisáronle a su amo, el cual vino y negoció con el obispo la volvieran a la iglesia,
como se hizo.

Su amo, por quitar pesadumbres, ordenó quitar de allí la tienda
y se fuese a vivir donde estaba, donde se fue y estuvo tres meses;
al cabo de los cuales, estando una noche pagando por orden de su amo
veinte mil pesos, y estando ajustando las cuentas ya de noche,
salió un negro a la calle y volvió a entrar luego dentro diciendo
que estaban a la puerta dos hombres con dos espadas desnudas y broqueles.
Y así, por saber lo que era y como estaba con cuidado de lo pasado,
salió fuera con el negro; y como la vieron los dos la embistieron,
que eran el Reyes y su amigo, y anduvieron peleando gran rato.

Y salieron otra vez heridos los dos y ella en una mano.

Y visto esto, determinó no estar en la tierra, pidiendo licencia a su amo para irse a Lima, el cual lo sintió mucho y le dio mil y quinientos pesos para el camino y cartas de favor.

Se va a Lima y se alista de soldado para Chile

Llegó a la ciudad de Lima y al segundo día se acomodó con Diego de Olarte, prior y cónsul mayor de los mercaderes de Lima, y le puso una tienda en la calle de los mercaderes.

En este tiempo asentó plaza de soldado para Chile en una de tres compañías que se levantaban en la ciudad, de que era capitán don Alonso Sarabia; y dentro de veinte días llegaron al puerto de la Concepción, puerto de Chile, a donde asiste el Gobernador (que lo era entonces Alonso de Ribera).

Y, viendo que venía gente de socorro, salió el secretario del Gobernador, que se llamaba el capitán Miguel de Arauso, hermano de padre y madre de la susodicha; y recibiendo la lista de la infantería, fue pasando la muestra de todos los soldados, nombre y tierra de donde eran.

Y cuando llegó a la contenida y preguntándole *su nombre y tierra de donde eran*, dijo *se llamaba Francisco de Loyola, natural de la villa de San Sebastián*. Y entonces la abrazó de contento porque era de su tierra, no porque la conocía por hermana, y le preguntó luego *por sus padres*.

Y antes de todo esto lo había ella conocido y disimuló.

Y llevando plaza para el fuerte de Arauco, y viendo que era el peor fuerte, dijo *le hablaría al Gobernador para que le borrara la plaza de él y se la asentase en su compañía, por ser de su tierra*. Y así lo mandó luego, en donde sirvió tres años y comía en su mesa.

Y un día le pidió el hermano que no entrase en casa de una mujer conocida suya, y ella no lo quiso hacer, que fue causa que un día sacasen las espadas; y pelearon gran rato, hasta que el capitán don Francisco de Aillón los metió en paz; y entonces se retrajo por algunos días, temiendo el rigor del Gobernador, al cual aplacó su hermano con ruegos con que fuese desterrada a un fuerte que llaman el Nacimiento, donde cada día estaban con las armas en las manos por la gran multitud de indios que había.

En la toma de Valdivia, la nombran alferez

Adonde estuvo tres años, al cabo de los cuales vino al fuerte el Gobernador con todas las compañías, y estuvieron alojados cinco mil y más infantes en la campaña rasa, a donde pasaron excesivos trabajos; y entonces tomaron la villa de Valdivia los indios y la echaron por el suelo. Salió el Gobernador con su gente y les dio alcance y pelearon por cuatro veces.

Y en esta ocasión peleó la mujer valentísimamente y mató de su parte muchos indios, y trajo por los cabezones preso a un indio –cacique cabeza y capitán de los demás– delante del Gobernador; el cual, conocida su valentía, le dio la bandera de alférez, porque había muerto en aquella refriega el que lo era antes.

Y aquí dieron dos heridas a ella, una en el molledo del brazo derecho y otra en la espaldilla izquierda.

Fue luego muy amiga de su hermano, mas por la misma moza de antes se enemistaron y en dos años no se hablaron.

Y cumplido el tiempo del cargo de alférez, se quedó en la misma compañía con título de alférez reformado.

Sucesivas huidas

Tuvo una gran pendencia con unos soldados, por donde el Gobernador la desterró al fuerte de Arauco, donde estuvo tres meses; y por la mala vida que pasan, acordó de huirse con otros dos soldados por la cordillera de Tucumán. Y salieron de noche con sus caballos y arcabuces, sin llevar qué comer, sino solo harina de cebada.

Y como en el fuerte se echasen [de] menos, salieron en su busca un cabo de escuadra y tres soldados, y les dieron alcance en la quebrada que llaman de los Diablos, donde se pusieron en arma unos y otros, y mataron al cabo de escuadra; y los tres que venían con él se fueron huyendo.

Y ellos se fueron su viaje, dejando los caballos, porque no se podía pasar adelante con ellos, y comenzaron a caminar con sus armas al hombro, y al cabo de tres días se quedó sola, por habérsele muerto –del gran frío y nieves que hace en aquella tierra– los dos camaradas; y, así, comenzó a caminar sola, sin saber por dónde iba, por la mucha nieve y no ser camino real, y al cabo de veinte y seis días se vio tan rendida de los fríos y hambre (y tener las plantas de los pies corriendo sangre, por no tener zapatos) y echada debajo de un árbol, volvió el rostro y vido dos indios a caballo; y temiendo era de guerra, cargó su arcabuz; y luego reconoció eran de paz, de que se holgó.

Y llegados los Indios le dieron pan y carne fiambre; y preguntándoles *qué tanto estaba de allí el pueblo*, dijeron que *sesenta leguas*; pero que *tres leguas de allí estaba una estancia de su ama, que allá podía ir a dormir*; y el uno le dio un caballo para que fuera.

Dice llegó ya noche, adonde halló una mujer de muy gran caridad, y le dio una camisa y de cenar; y estuvo allí ocho días, y al cabo salió en un caballo para el pueblo –y tardó en llegar diez días–, el cual se llamaba la gobernación de Tucumán, donde encontró con el secretario del obispo, que le compró un vestido y la llevó a su casa y la reparó de lo demás.

Y estando en su casa don Antonio de Cervantes, provisor y canónigo de allí, trató de casar a una sobrina suya con ella; y dándoles ella buenas esperanzas del casamiento, le hicieron un vestido terciopelado negro, y la que había de ser novia le envió doce camisas y seis pares de calzones de ruan de cofre,

y dos cuellos de holán y una docena de pañuelos, y en una fuente grande doscientos pesos. Esto sin lo que le prometieron de dar en dote. Todo lo cual recibió de buena voluntad.

Y comprando mulas, se salió del lugar a boca de noche, la vuelta del Potosí, en que tardó más de tres meses –por haber más de quinientas leguas de despoblado– en compañía de un soldado.

Y en unos baños que están en el camino les salieron tres hombres con monteras de rebozo y escopetas; y pidiéndoles lo que llevaban, se apearon de las mulas y les hicieron cara; y apuntándose con las escopetas, mataron los dos, y ellos a su compañero, porque a uno de los ladrones no dio fuego el escopeta; por lo cual se quedó sola con el que había quedado y le huyó.

Nuevos conflictos en Charcas y Potosí

Llegó al Potosí y se acomodó con Juan López de Arguijo, veinte y cuatro de las Charcas, por carnicero suyo (que es como arriero) con salario cada año de mil y novecientos pesos de a ocho reales, y veinticuatro cada semana para comer; y le entregó doce mil carneros de la tierra y ochenta indios, y partió con ellos a las Charcas por cargas. A donde tuvo con su amo una pesadumbre y riñendo le dio dos estocadas y lo dejó por muerto.

De aquí se volvió huyendo al Potosí, donde dentro de pocos días fue el alzamiento de Alonso Ibáñez.

Era corregidor entonces don Rafael Ortiz, del hábito de San Juan, y entre los que salieron a prender los alzados, que eran más de ciento, salió ella en compañía de la justicia, porque invocaba favor al Rey, y en la calle de Santo Domingo encontraron al dicho Ibáñez, caudillo de ellos, a quien preguntó la justicia «*quién viene*», y por dos veces no respondió, retirándose atrás. Y preguntando el teniente, «*quién vive*», dijo: «*la libertad*». Respondiendo todos «*¡viva el Rey!*», aquí acometimos con gran denuedo, porque se le pusieron a su lado más de cincuenta –que andaba en una cuadrilla– y los llevamos a cuchilladas y disparando armas de fuego unos y otros.

Y certifica esta mujer que tuvo debajo de sus pies al Ibáñez –que lo conoció muy bien– y con la mucha tropa y grita se le escapó sin poderlo asir, mas que en lo angosto de una calle se vieron los traidores tan apretados, por haberlos atajado, que se rindieron; donde fueron presos treinta y seis con el caudillo, que los demás habían huido y muerto siete en esta refriega (y de los nuestros dos y muchos de ambas partes heridos), a los cuales dieron tormento y confesaron que aquella noche se querían alzar con la ciudad.

Armáronse luego tres compañías de gente de Vizcaya y montañeses para guarda de la ciudad, y al cabo de quince días los sacaron a todos [a] ahorcar, con que quedó quieta la ciudad.

Y ella premiada con oficio de ayudante de Sargento mayor, el cual sirvió dos años, en que mostro bien su valentía en muchas ocasiones.

Anuncia nuevas aventuras en
otro impreso

Sucedieronle otras cosas admirables y que causan espanto,
que se dirán en otro papel.

Y lo que le sucedió por donde le forzó descubrirse que era mujer,
con que se libró de la horca, es digno de imprimirse
y que se tenga memoria de los hechos de semejante mujer.

FIN